

EDITORIAL
ARTE
Y
LITERATURA
OFICINAS:
RINCON, 612

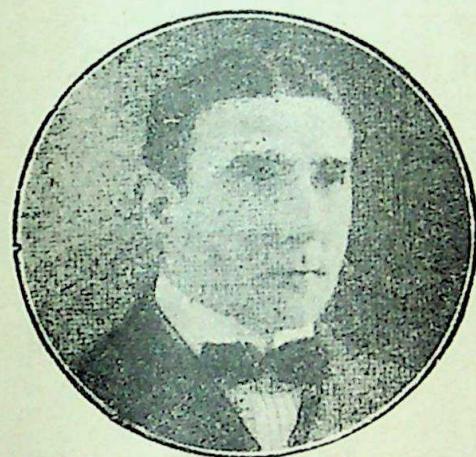
LA NOVELA DEL DIA

ÚNICA PUBLICACIÓN EN SU GÉNERO EN EL URUGUAY

AÑO I

MONTEVIDEO, 5 DE NOVIEMBRE DE 1922

N.º 3



UN RELATO DE AMOR

POR

MÁXIMO SAENZ



PRECIO:

0.05 el ejemplar

Máximo Saenz no es un desconocido. En la Literatura Americana, ha sabido destacarse como pro-sista de garra y novelado inteligente.

«UN RELATO DE AMOR» que es una de sus mejores producciones, lo demuestra acabadamente.



Cervecería Uruguaya

SOCIEDAD ANONIMA

Recomendamos nuestra Cerveza especial para el invierno

De sabor incomparablemente delicado

Bock

Bebida de positiva acción estimulante

Sus componentes tienen la virtud de desarrollar en el organismo, el mayor número de calorías : : : : : : : : : : : :

ES LA CERVEZA IDEAL DE INVIERNO

Su carácter activo armoniza en la feliz circunstancia de ser el verdadero producto recomendable por excelencia, al consumo general : :

PIDAN

LOS EXQUISITOS CAFES Y TES

“El Chaná”

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

Casa Central y Escritorios: Colonia, números 2073 al 2079
Sucursal Centro: Soriano, 968

Teléfono: Uruguaya, 1875 Cordón y La Cooperativa

SUSCRIPCIÓN

Por semestre \$ 0.60
Por año \$ 1.00

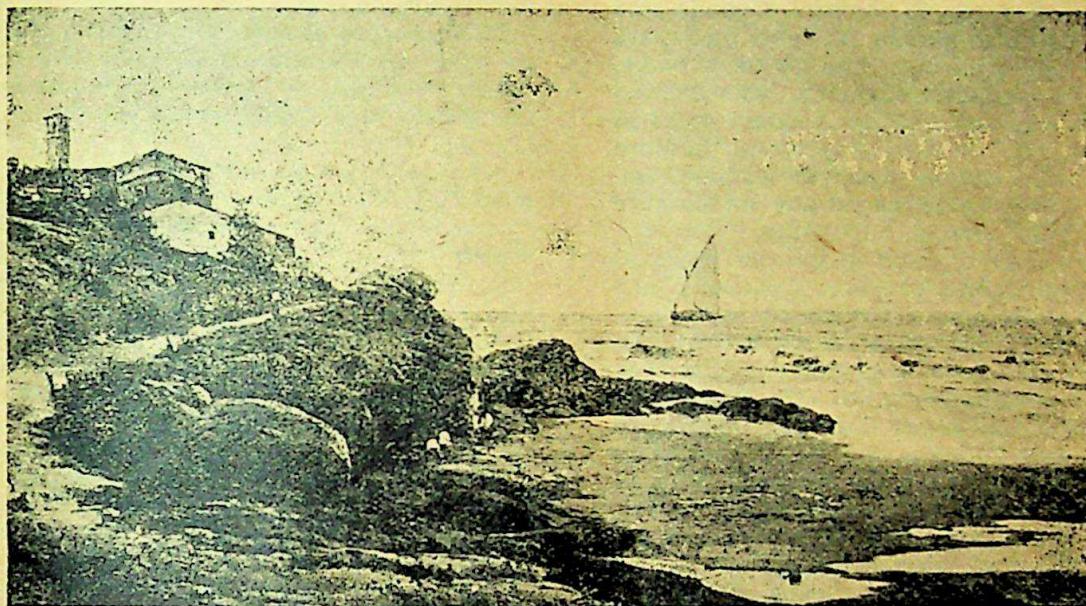
LA NOVELA DEL DÍA

EDICIÓN "ARTE Y LITERATURA"

AGENTES
EN TODA LA
REPÚBLICA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Gerente-Administrador: JULIO M. PEREZ FERNANDEZ



UN RELATO DE AMOR

I

"Pensión... Pensión de primera... Pensión... Pen..." Basta, basta, es demasiado... Elijamos una al azar; de todos modos...

El caso, el terrible caso es, que en el

año que llevo viviendo en Buenos Aires, ya he cambiado siete veces de pen... no, no la llamemos así, digamos alojamiento. La otra, la terrible palabra me crisma los nervios, me hace daño.

Con todo, analizando imparcialmente la cosa, convengo en que la culpa es

Toda persona de buen paladar

No come otra manteca que:

G A R M E N

mía, totalmente mía. Hay en esta ciudad miles de seres que se amoldan a eso: yo no, pero yo... yo soy un pobre diablo de provinciano lleno de sensibilidad, que no puede vivir sin un poco de cariño, quizás menos, sin un poco de simpatía, pero eso, claro, no lo voy a encontrar aquí, en las columnas de avisos de este diario.

Hay en todo esto un mucho de capricho de mi parte, lo confieso. Cuando solo se posee en el mundo, un solar que renta 272.50 por trimestre, uno no debe empeñarse en seguir una carrera, aún cuando esa carrera sea gloriosa y noble como la que estudio. Naturalmente, un hombre de sentido común busca un empleo, trabaja y vive; pero yo no soy un hombre de sentido común, felizmente.

Sin embargo, debo decidirme: cerraré los ojos, dejaré al azar el dedo y allí donde se detenga...

Ya he corrido el dedo, ya lo he detenido, y con todo, continúo con los ojos cerrados, soñando... soñando que he encontrado un hogar humilde donde se vive honradamente, donde hay flores en un vaso y un poco de simpatía para el muchacho soñador que llega.

Es que debe haber algo de esto, sí, debe haber en alguna parte, una viejita buena que preside la mesa pobre, de mantel limpio, a cuyo alrededor la gente joven de la casa come alegremente el puchero cotidiano...: debe haber, sí; quizás esté aquí, bajo mi dedo. Abramos los ojos, veamos.

"Pensión decente, en familia, precio razonable, único inquilino".

Si esto fuera verdad... si esto fuera verdad yo sería un hombre de suerte.

—La pieza no es grande, pero usted tendrá pocos muebles ¿no? Además ¡el

precio!... Si usted es estudiante como dice, aquí encontrará tranquilidad, silencio: no hay ruidos aquí.

No, la pieza no es grande, pero mis muebles, en efecto, son pocos, demasiados pocos quizás. Sin embargo, yo voy a contestar cualquier vaguedad y no volveré más a esta casa. Es que comienzo ya a sentirme mal: comienza a invadirme el tedio del ambiente, el horror a la... pensión.

Mi ánimo se encoge al pensar que he de vivir en común, en la casa de este hombre antipático, cuyos ojos hundidos me miran con fijeza, como desde muy lejos.

Además, este tipo me intimida sin que pueda adivinar porqué. Es flaco, nervioso: se mueve incesantemente de un lado a otro, con movimientos bruscos, sin objeto. Viste con desaliento, pero con relativa elegancia que descubre épocas mejores. Una arruga profunda le divide la frente, sobre la que cae el cabello, rebelde o descuidado. Parece, como si una impaciencia constante lo consumiera, o que su pensamiento estuviese lejos siempre. Pero esto es acaso una sujeción de mis prejuicios: tal vez no sea más que un pobre diablo como yo, aunque lo dudo: los ojos son malos, duros, fríos... y voy a decir la frase ambigua que me libre de explicaciones, cuando, sin ruido, suavemente, una sombra viene a apoyarse en el marco de la puerta. Es una niña, diez años a lo sumo; flacucha, pálida, de ojos pardos, grandotes, que, muy abiertos, me miran con candorosa suavidad. Tiene la cabecita inclinada sobre un hombro: una pierna encogida y las dos manos juntas bajo la barbilla. Su mirada cae sobre mí como una caricia: tal vez mire siempre así, pero al soñador que soy, se le figura que los ojos de terciopelo se han suavizado solo para decirme en su mudo lenguaje:

**Tomad Café
Dos Americanos**

Lestorto y Panizzi

Stock de Neumáticos

= GOOD YEAR =

Automóviles Ford—Repuestos—Aceites lubrificantes—Grasas—Accesorios, etc.

PLAZA CAGANCHA 1147 y 1148

Talleres: Av. Gral. RONDEAU 1386

—Quédese amigo: yo soy una buena chica.

Y lo que es torpe, lo que es estúpido, incomprendible y ridículo, es que yo "me quedo".

—Así que entonces... ¿Convenido no? Hasta mañana. A qué hora se muda?

Voy ya a salir, pero el hombre me detiene.

—Mi señora... el pensionista... ¿Robles dijo?

La señora es, por fortuna, la madre de la nena: sus mismos ojos, más profundos, más oscuros, grandes, aterciopelado. Nos saludamos, y cuando definitivamente voy a irme, he aquí que la chica me sigue.

—Entra Maruja.

Es la voz de la madre que la llama, pero Maruja solo se ha detenido en la puerta, y al volverme encuentro una sonrisa en su boca grande, una sonrisa que yo traduzco.

—Seremos buenos amigos, de seguro: gracias... gracias...

Pero heme ahora furioso, indignado conmigo mismo. Eres un imbecil, eres un simple, eres un pobre diablo. Y la verdad es que tengo razón, porque la casa no me gusta, la pieza es obscura, el hombre es sospechoso... y yo sé todo esto positivamente, desde el primer momento, y sin embargo he dado mi seña: luego pues, estoy obligado, "materialmente" obligado a mudarme mañana.

—Pero dime—me interrogo.—¿Por qué eres así? ¿De qué sublime pasta estás hecho? ¿No viste la cara odiosa del hombre? ¿No observaste la humedad de la pared, la escasa luz?

Tiemblo de indignación contra el pobre diablo que llevo dentro. El pobre

diablo se limita a hundir la cabeza entre los hombros, reconociendo toda la razón de mi enojo: el infeliz se hace pequeño, se encoge, se humilla, y a mis reproches sólo objeta, despacio, muy bajito, humildemente.—¿Viste a la pequeña?

¡Qué desgracia ser así, Santo Dios!

II

—¿Y... le gusta la casa, amigo?

—Sí.

—Aquí hay tranquilidad, que es lo que usted necesita.

—Desde luego.

—Ahora, si la comida no le gusta... usted hable, diga, ¿me entiende?

Sí, te entiendo, imbécil.—¡Uf, que hombre!

Decididamente, el hombre tiene razón. Aquí hay tranquilidad; una tranquilidad de santuario; de nicho, mejor. Cuando él no está en casa, creyérase que yo soy el único ser que alienta y respira. María, —he debido llamarla así a instancias del marido—se desliza como un fantasma, las cosas se hacen sin un rumor, la pequeña juega en silencio.

Debo advertir que me he llevado chasco con la pequeña. Confié en su mirada y en su sonrisa para creer que nos haríamos amigos, y aunque lo somos, bien lo veo, el caso es que lo somos menos de lo que yo quisiera. Muy seria, la chica, muy grave para sus diez años: como impregnada de esa melancolía que flota, desde la puerta hasta el fondo de esta casa.

Sin embargo, no estoy desconforme. Estudio a mis anchas, con fruto: las nociones entran fácilmente en mi cerebro que se ablanda, que se esponja en esta calma inalterable, en esta calma gris.

A la Bola de Oro

ZAPATERIA

CASA FUNDADA
EN 1860

Calzado de Lujo

RINCON, 702
Esquina Juncal

Sólo que, a veces el silencio es demasiado que, a veces el silencio es demasiado grande y se llena de misterio. "Por suerte", el hombre pone alguna vez la nota discordante de su brutalidad, y esto basta para atemperar el exceso de quietud: siento rabia contra él un instante, y esa válvula de escape, usada moderadamente, basta para calmar mis nervios.

El pobre diablo que llevo dentro, se permite ahora ciertas ironías.—No estamos tan mal, compañero... buena comida... gente sosegada... ¿eh?

—Este pobre diablo siempre el mismo!

Bueno, a la verdad que, si pudiese llegar a un grado mayor de intimidad con Maruja, me daría por satisfecho.

—Maruja? Ahí está. Ha salido al patio con su muñeca en brazos y se pasea maldola, con un reojo de vez en cuando hacia mi cuarto, cuya puerta abierta debe tentarla. La interpelo.

—Eh Maruja, ¿cómo andamos?

Se detiene indecisa: dulzura sin igual en sus ojos de terciopelo: ahora ha vuelto a la postura en que la conocí, una pierna encogida, la cabeza hacia un hombre. Tímida toda ella, sólo se da por entero en sus miradas. Me adelanto.

—¿Quieres jugar conmigo?

Duda: instintivamente vuelve la vista hacia las persianas del comedor, desde donde de seguro la mamá, observa.

—Dí, ¿quieres que juguemos?

Mueve la cabeza con melancolía.—No.

—¿No?; por qué chiquita?

Se ruboriza y vuelve a mirar hacia las persianas. Adivino.

—¿Quieres que le pida permiso?

Otro rubor, otra mirada cada vez más breve. La tentación es grande. ¡Jugar con alguien, ella que siempre juega sola!

Pero he aquí que la madre asoma.

—Maruja, estás molestando al señor.

Protesto.

—Perdón, señora, soy yo... yo soy el

importuno. Figúrese que he invitado a Maruja a jugar conmigo...

Ella lo sabe, puesto que estaba ahí, detrás de las persianas, pero sonríe, como en duda indulgente.

—Un poco chiquillo todavía. Si usted me permite voy a doctorarme por un momento. Esta muñeca no está bien. Maruja, mira que pálida.

Esto último va dirigido a la chica, indecisa aún, pero como la sonrisa se acentúa en la boca de la mamá, quien ha salido también del todo al patio, la cosa se formaliza en un instante.

—Usted es el doctor, entonces?

—Por supuesto, y voy a curártela. A ver, desnúdala.

Mamá no solo sonríe, sino que se ha acercado más: es una mujer menuda, delicada de rostro, con la magrura de quien ha sido esbelta y es flaca ahora; la boca grande, hecha para sonreir, la nariz afilada, perfecta, pero esto, destenido, borroso, como ensombrecido por un desaliento que lo cubre todo a manera de velo muy tenue. Durante ocho días he estado viviendo junto a esta mujer, sin haberla observado jamás. Hay hombres para todo.

Entretanto, Maruja ha quitado sus ropas a la muñeca, y aparece la madera pintada.

—Ves, está enferma: ¿tose?

La niña afirma sonriendo, ganada ya por el placer del juego.

—Tiene fiebre: de seguro ha andado al sol.

El juego se interrumpe un momento, porque la madre dice:

—Usted estudia medicina?

—Sí, señora.

Ahora que no está el marido debo llamarla así: ella me lo agradece con un leve rubor.

—Le falta mucho aún?

Talleres Gráficos BENEDETTI Hnos.

Plaza Independencia 805

Especialidad en tarjetas de visita y de enlace

Teléfonos: La Uruguaya 1021, Central
y La Cooperativa

— MONTEVIDEO —

Farmacia Franco-Inglesa

— DE —

JOSE Ma. DELGADO

Calle Uruguay esquina Florida

Teléfonos: La Uruguaya 31, Central
y La Cooperativa — Montevideo

ABIERTA TODA LA NOCHE

—Sí, bastante, cuatro años, aproximadamente.

—¡Ah!

Como calla, vuelvo a Maruja.

Le daremos un remedio para que no tosa, ¿oyes?, un remedio dulce que la pondrá buena.

—¿Y grande?

—Ah no: eso lo hará el tiempo.

—¿Quién?

Me río, un poco confuso porque no encuentro la explicación fácil.

—Digo que... crecerá con el tiempo... como tú.

Se ha roto el hielo, y ya somos los mejores amigos del mundo; tanto, que la madre, un poco olvidada por nosotros, se ha marchado sin ruido, tranquilizada seguramente. Jugamos un buen rato; Maruja tiene la misma voz de su madre, dos tonos más aguda: a veces pone un desmayo de languidez en sus vocablos interrogantes.

—¿Se curará pronto?

No la he besado aún, pero cuando se va, llamada desde adentro, le tomo la cabeza entre mis manos, dándole un beso en el cabello sedoso y lacio.

—¿Jugaremos mañana?

Es ella quien pregunta.

—Si mamá quiere...

Mamá asoma la cara sonriendo un poco confusa.

—Usted se molesta por la chica!

—¿Molestarme? ¡Pero si yo soy también un poco chiquillo!

Mueve la cabeza afirmando, siempre sonriente, y yo me quedo en la duda, de si habrá asentido a que juegue mañana con Maruja, o si habrá confirmado mi aserto de que soy medio criatura. Bah... Estoy contento, ahora que tengo a mi amiguita. Esta noche el pobre diablo no dejará de sonreir allá adentro.

Luego, cuando ha venido el hombre,

hemos cenado en común, como siempre, pero no ha sonreído nadie.

III

A medida que pasa el tiempo, mi amistad con Maruja va haciéndose más íntima y creo que, de faltarme la pequeña, no quedaría un instante más aquí. He descubierto un tesoro en mi amiguita. Aunque yo amo a todas las criaturas, quizás en memoria de mi hermana muerta en la niñez, el hecho es que esta chica me da la impresión de ser excepcional. Excepcional no, extraña. Es como si en ella despuntaran todas las exquisitezas del sexo, comprimidas aún por la edad: es como si se transparentara en la fragilidad de sus diez años la vida intensa de la mujer del mañana. ¡Pero de una mujer!... Y todo eso espontáneo, más aun a pesar suyo, porque noto que, a veces, la chica se retrae, se "esconde", como temiendo mostrarse demasiado, a los ojos de un observador curioso en exceso.

He cambiado impresiones respecto a esto con la madre, y nuestro diálogo ha sido fecundo. Lo he empezado así.

—¿Verdad que Maruja es rara? Tiene cosas que asombran.

Ella se ha inmutado de golpe, y corrige.

—Que asustan.

Después queda silenciosa, huraña.

—Será preciso vigilar incesantemente su espíritu,—insinúo yo.—Advierto demasiada lucidez, excesiva lucidez en todo lo que ella piensa y discurre.

La mujer me mira con una sospecha en la negrura de los ojos.

—¿Por qué dice eso?

—Por todo—contesto.—Es una niña precoz, cuya mente se adelanta diez años a su edad. Ayer, por ejemplo...

—Sí, sí, ya se.

CONFITERÍA DEL TELÉGRAFO

El Establecimiento más importante en su género de la América del Sud

Santos Rovera & Cia. -- 25 de Mayo, 619 al 629 — Montevideo

PAN DE GLUTEN: c/u \$ 1.50

Me ha interrumpido, delatando así que ella ha escuchado nuestro diálogo de ayer, durante el cual, Maruja ha insistido sobre la conveniencia de morir joven "para no sufrir como mamá".

Quedamos confusos un buen rato: ella explica la cosa así.

—Sí, yo no soy muy feliz, en efecto, pero esto, como comprenderá usted, es cosa sin importancia; lo que me preocupa es, que mi hija sufra conmigo todos mis dolores, sin que haya modo de cerrar a la verdad sus ojos perspicaces. Con todo, usted ha hecho bien al aconsejar a Maruja, como lo hizo, yo también lo hago, pero yo... —un sollozo contenido—yo no siempre tengo la tranquilidad necesaria para persuadir...

Se ha puesto a llorar, pero reponiéndose de inmediato. Es fuerte.

—Ferdone esto, señor: claro que mis pequeñas miserias no habrán escapado a usted, viviendo en casa, pero... a veces me es necesario confiar a alguien mis angustias... quiero decir... mis miedos, porque yo tiembla por Maruja... ¡es tan sensible y tan delicada que!... ¿Usted no la encuentra débil?

Si, la encuentro débil, peligrosamente débil, y por esto he aconsejado muchas cosas a su madre, que no se si ella podrá proporcionar a Maruja: entre otras, aire, sol y calma. amén de tónicos.

IV

Esta vida misantrópica de recluso, me obliga a llenar el espíritu con la vida de los otros. De este modo voy, a pesar mío, tejiendo la historia de mis vecinos.

No se en que pueda ocuparse el hombre. Duerme toda la mañana, levantándose recién a la hora del almuerzo, y eso, no siempre. Despierta con una fatiga mental que se nota en su incoherencias, en

sus frecuentes trueques de palabras de olvidos absurdos que le hacen llamar copa a una taza, etc. Habla poco y cuando lo hace es conmigo. Algunas veces, por excepción, tiene alegrías exuberantes, nerviosas, bruscas, como todo lo de él.

Cierta ocasión me atreví a aventurar una pregunta respecto a sus medios de vida, y me respondió secamente, con los ojos fijos en su mujer.

—Trabajo de noche.

Por la tarde, o duerme o se aletarga en una mecedora, entre nubes de humo, porque fuma bárbaramente. Luego de cenar, sale y no vuelve hasta la madrugada.

Esto, en cuanto al empleo de su tiempo, en lo demás, es sencillamente incomprendible. Mezquino y tacaño para los gastos de la casa, escatima a su mujer hasta lo indispensable (así andan a veces las comidas), pero, a ocasiones parece desconocer el valor del dinero: lo he visto vender a un ruso en una insignificancia, cierta joya de gran valor, y ahora, so pretexto de que está cansado de verlos, tiene en trato sus muebles, que no son malos, por una bagatela.

Sin embargo, a pesar de sus apuros de dinero, que son manifiestos, anoché me ha llevado a cenar en un restaurant de lujo, donde gastó más de lo necesario para comer en casa una semana. Incomprendible, el tipo. Más lo es aun, la inconsciencia de que hace alarde, al introducir en su hogar a un desconocido, como soy yo, llevando la vida que lleva. Verdad que yo... Pero él, ¿acaso lo sabía?

Su mujer y su hija sienten por este hombre un terror profundo, junto a una gran repulsión, pero todo esto se con-

GRAN HOTEL LANATA de GELOS & SANTAMARINA

Apartamentos especiales con cuartos de baños. Situado en la calle más céntrica de la Ciudad. Con tranvía a la puerta directos a los principales paseos y playas de Montevideo.

588 - SARANDI - 594 esq. Juan C. Gómez

TELÉF. 153 - CENTRAL

funde con una resignada pasividad de ovejas junto al lobo. En cuanto a mí, sin dejar de reconocer que continúa intimidándome algo, lo estudio con curiosidad, con la misma curiosidad medrosa que estudio un cadáver en el anfiteatro.

V

Maruja no sale de su cuarto desde hace algunos días, y esto me ha hecho intimar más con la madre. La chica está constipada: un leve catarro que no será de cuidado si se evitan las imprudencias.

Yo he tranquilizado a María—porque me he decidido a llamarla así, aun a solas—quién quería recurrir a un médico.

Diariamente, cuando el hombre se va, después de la cena, voy a hacerle tertulia a mi amiguita, y la madre cose al otro lado de la cama.

A veces la niña se duerme temprano: entonces, a pedido de María, prolongo mi visita un momento más, y conversamos, casi siempre de la pequeña: es este un tema que no cansa a ninguno de los dos. Ella me cuenta pormenores que no conoce nadie: cosas de la chica, que el padre ignora seguramente, por pueriles, y esto me pone contento, como si estrechara más el círculo de nuestra intimidad alrededor de la querida criatura.

Entretanto, estudio con ahínco, con verdadera pasión, y noto que en este apasionamiento tiene parte también mi intimidad alrededor de la querida criatura; le agrada oírme disertar sobre algunas enfermedades nerviosas: ella ha levantado mi ánimo, un poco decaído ya, con la suavidad de sus exhortaciones casi maternales, y estas palabras en su boca grande y simpática, aun dichas sin mirarme, porque sus ojos es-

tán siempre en la costura, han dado a mi espíritu la convicción de que he encontrado, en esta casa tan triste, la simpatía errante que yo andaba buscando.

Maruja se ha agravado repentinamente. ¡Mi pobre criatura!

Anoche, tarde ya, cerca de las tres (yo velaba sobre un texto rebelde) oí entrar al "verdugo": lo llamaré así desde ahora. Un momento después advertí que conversaba airadamente con María: gritaba casi. De pronto creí notar un ruido confuso de lucha, breve, entrecortada: luego, esto nítidamente, el caer de un cuerpo, y un grito alarido más bien, de Maruja.

Me puse de pie, temblando, con un frío terrible en todo mi cuerpo, a punto de correr hacia allí, pero contenido por el temor, no al hombre, al marido. ¿Qué podría justificar mi presencia en una escena de familia? Con todo, los sollozos de Maruja me sacaron de quicio y acudí, resuelto a todo. El "verdugo" se marchaba en ese instante: oí el ruido de la puerta de calle al cerrarse: llegué sin disimularme y toqué la persiana con los dedos.

—María...

Adentro se debilitaban los sollozos de Maruja, sofocados quizás contra el pecho materno. Insistí.

—María, ¿qué sucede?

Después de un silencio María contestó a media voz.

—Espere, voy a abrir.

Mientras ella se vestía, reconstruí la escena. Alguna exigencia del hombre, quien sabe qué odiosa exigencia, provocando una rebeldía en la víctima, luego la brutalidad del golpe presenciado por la niña.

—Entre.

Entré. Maruja estaba en su camita,

BARRACA CENTRAL

— DE —
Francisco A. Matto

Maderas y artículos de construcción en general - Almacén de hierros - Loza sanitaria

Av. 18 de 1704 a 1720 esq. Magallanes

Teléfonos:

La Uruguaya 167 Cordón y La Cooperativa
MONTEVIDEO

SOZA PONCE Hnos.

FABRICANTES

JABON REAL

Extra - alta calidad - Elaborado con cereales

No perjudica las manos ni las uñas

Para el lavado de ropas y uso doméstico

muy pálida, temblando, con los dientes apretados, el pulso loco, la frente afiebrada.

—Ha oído usted?

Afirmé con una seña y continué con Maruja.

—Cálmate querida, no te alarmes sin motivo: has soñado, ¿sabes? has soñado. Me miró intensamente.

—No, mentira; él le pegó.

—Calla, pobrecita, calla, cierra los ojos, dame tu mano. ¡Vés como te hace bien?

En un momento dispuse algo para calmar sus nervios, y luego, cuando la ví más tranquila, me ocupé de María cuya boca sangraba. No hubo una sola explicación, innecesaria por otra parte, e iba libraria de mi presencia, juzgándola enojosa, dado lo anterior, pero ella me rogó, medio entre dientes.

—Quédese.

Estuvimos así largo rato, contemplando a Maruja, dormida ahora; ella rompió el silencio, hablando como para si propia.

—Esto no puede seguir... Esto es horrible...

Un llanto tristísimo la interrumpió, y desahogado así su dolor tendióme una mano que temblaba.

—Gracias Emilio, usted es muy bueno.

Después salí, pero no pude cerrar los ojos en el resto de la noche.

Maruja está peor: tiembla al escribirlo. He traído a Cuenca, mi profesor, quien lo teme todo, dada la débil constitución de mi amiguita.

Hace dos días que el "verdugo" no viene. María está espantosamente pálida pero con una tranquilidad que asusta. No me mueve del lado de Maruja: si el "verdugo" viniese... si el vedugo viniese no se lo que haría.

ARMERIA DEL CAZADOR

SECCION BAZAR

SIEMPRE NOVEDADES

PRECIOS MÓDICOS

VISITE NUESTRA CASA

18 de JULIO esq. ANDES

B. MITRE, 1419



NANDÚ

JUGO de UVAS

Sin alcohol

Lamaison y Cia.

YERBA

DANTE

ES LA MEJOR

RODRIGUEZ ANIDO Hnos.

Lo más terrible de todo esto es que mi bolsillo está vacío: las últimas recetas lo han agotado, y es preciso traer nuevos medicamentos, cada vez más energicos y ¡ay! cada vez más caros. No se como decírselo a María.

—Desesperante, desesperante!

Está visto que María no tiene dinero. Hoy casi no hemos comido: suerte que mis libros han dado para las recetas. ¡Y este hombre sin aparecer!

—Amigo mio, es necesario que lo moleste a usted todavía. ¡Qué bueno es usted Emilio! —Ha sonreido tristemente —¿Lo será aún?

—¿Qué debo hacer? —respondo.

—Es preciso comunicar a mi marido que Maruja agoniza; porqué agoniza. —Verdad?

En vez de negarlo, me echo a llorar como un imbécil. Es ella quien...

—Cálmese Emilio: míreme a mí.

Parece de cera: bajo sus ojos, las ojeras descienden, amoratadas. Sin embargo, conserva toda la calma aparente de una estatua.

—Yo sabía que esto era inevitable. Lo sabía... era fatal... Bueno, vaya usted, lo encontrará quizás en esta casa—me alarga un papel—es un garito, ¿sabe?, un garito bajo apariencias de club. Digale que...

No puede más: se ahoga. Yo salgo enloquecido.

VI

Son tan intensos los sucesos, tan imprevistos y rápidos, que mi espíritu, trastornado, vive en una fiebre perpétua. La vida agena, los dolores de los demás, se han metido en mi corazón, como en una caja mal cerrada, y el aislamiento

egoista de mi existencia anterior, es ya una cosa lejana, de la cual me he olvidado.

Maruja y María ocupan todo lo que hay de vibrante en mí: si la ciudad entera ardiese, no me desviaría un ápice del lugar en que vivo, solo por estos dos seres que no son para mí más que... ¿Lo sé acaso?

El hecho es, que la obscuridad se ha disipado, y, actualmente, veo claro en la historia de mis vecinos. ¡Jugador! Esto explica todo.

Voy pensando así mientras me encamino al garito, y aunque preveo la dificultad de la entrevista, no intento coordinar lo que debo decir al "verdugo". Si él tuviera la osadía de incomodarse por mi intromisión, cosa muy posible, espero que encontraré fuerzas para con-

Ahora parece estar en posesión de sus facultades. Me observa: la boca se le contrae en una mueca maligna.

—Comprendo—dice—es un golpe de María para llevarme a casa. Usted es un vecino complaciente por lo que se ve.

Se levanta y me pone una mano en el hombro, sonriendo con sorna. Muy friamente le replico.

—Puede usted creerlo o no, pero Maruja se muere, ¿oye? se muere. Ha ocurrido un trastorno súbito en su organismo, una convulsión violenta que se la lleva a escape.

La sonrisa se enfriá en sus labios.

—¿Viene?

Se sienta de nuevo y medita. Espero la reacción, inevitable después de la sacudida brutal del dolor: hasta imagino posible un llanto de arrepentimiento, un

GRAN SURTIDO DE

ARTEFACOS ELECTRICOS

Eugenio Barth & C^{ia}.

Uruguay, 751/7

tenerme y no saltar a su cuello como deseo ardientemente hacer.

He debido insistir tercamente para que el hombre se resolviese a venir hasta el saloncillo de espera, a donde me han hecho pasar.

—¡Ah!, ¿es usted?

Viene nervioso, febril, impaciente: sus facciones trasudan un vaho de fiebre: el halito de su boca huele acremente.

—¿Qué le pasa?

—Maruja se muere.

—Eh... qué... quién!...

Veo que el hombre pugna por desprenderte del vaho que lo envuelve, del magnetismo potente del tapete que continúa en torno suyo.

—Maruja, la nena: está muy grave, creo que...

No es compasión lo que me inspira, ni asco, es curiosidad: miro en él a un enfermo, a un demente. Se ha sentado y me mira en silencio, secándose el sudor que brilla en toda su faz.

—¿Qué es lo que me dice! ¿Maruja?...

salto hacia la puerta, cualquier cosa, cualquier cosa menos lo que en realidad va a suceder. He aquí, que el "verdugo" saca un cigarrillo, lo enciende, fuma, y escupiendo una hebra de tabaco que se le pega a los labios dice:

—No puedo.

Lo contemplo con tanto asombro que repite más fuerte.

—No puedo, no, no puedo.

A medida que habla, la voz se le enronda, mientras los párpados, entre cerrándose, le hacen pequeños los ojos.

—¿Qué quiere usted que haga yo allí? No tengo un centavo: estoy esperando a un amigo cuya presencia puede modificar esto, ¿sabe? traerá dinero. Además, mi presencia en casa acabaría de trastornarlo todo. Allá me aborrecen: me tiemblan, pero me odian: tendrán sus razones, desde luego, pero el caso es que me odian. Imagine mi llegada, sin un peso, oyendo recriminaciones, viendo... No, no, no voy.

La medida se colma: yo veo la cara

lívida de Maruja, sus ojos en blanco que miran ya hacia lo desconocido, sus manitas que se contraen... Mi asco, mi desprecio, debe asomar muy afuera, porque él los ve claramente, y a tiempo, que me vuelvo para marcharme, me detiene.

—Sí, ya veo lo que usted piensa... sí, si yo conozco eso. ¿Soy un monstruo, verdad?

Está horrible, jamás lo he visto así. Es como si la sumundicia de su alma saliese afuera de golpe por los poros de su cuerpo. Se ha envilecido en un segundo con el envilecimiento entero de toda la humanidad que palidece ante el vaivén de la fortuna, y se ríe nerviosamente con una risa que es igual al tintineo de la bolilla sobre la rueda dentada de una ruleta.

—Sí, sí, yo soy un monstruo... un padre que renuncia al placer de contemplar la agonía de su hija... sí, yo soy eso, pero yo... pero yo...

Quiero escapar, porque me asusta, me espanta, y el me detiene.

—Ha de oírme... ha de oírme... ¿por qué se va?

Por más que retiro la cara, la suya está sobre mí, y lo veo a mi pesar, inmundo, en la desnudez cínica con que presenta su alma al descubierto.

—Es que ustedes no saben... Ustedes los que no tiene el demonio dentro, pueden ir, venir, detenerse, gobernar su vida... esto es fácil; pero yo... nosotros, los que vivimos con el aspid clavado en el pecho, con la sangre envenenada por la pasión del azar, ¿qué... qué podemos hacer?—Dígale a un loco que deje de serlo, exijale cordura; dígale a un ciego que vea... haga eso, hágalo... No, usted no lo hará, sería insensato. Y bien, nosotros vivimos esclavos de lo irremediable. ¿Qué Maruja se muere? Sí, se morirá, lo creo, pero su pérdida no puede arrancar esto de aquí, ni nada que suceda, solo la muerte. ¿Sabe usted lo

que es un cáncer? Bueno: es eso lo nuestro: corte en un sitio, en otro, arranque, quemé... todo inútil, todo en vano: el mal está allí, acá, en todas partes. Y ustedes, los inmunes no ven eso, solo ven el enfermo, al mal no.

A través de la manga, su mano me quema: el temblor de su cuerpo sacude el mío: prosigue, lentamente ahora.

—Es terrible, sí, es terrible, pero es así. Nuestra vida solo alienta para eso: sacudirse, agitarse, pugnar por huir... todo inútil. ¡Cuántas noches de insomnio contemplando la obscuridad del abismo!... ¡Cuántos retrocesos hacia la vía recta!... ¡Para qué! En vano todo, el cáncer no se cura; el mal se acaba con nosotros.

Me suelta, quedándose silenciosos.

—Ahora usted ya lo sabe: puede seguir pensando lo que quiera. Quizá todo este resbale sobre su incapacidad para comprender, pero el caso es así, tal como lo digo.

De afuera lo llamaron.

—Eh, ¿vienes?

Ya se iba, cuando se volvió para decirme.

—Si gano iré: si no...

VII

Estoy aquí otra vez. Durante mi ausencia, Cuenca ha venido pero no ha recetado nada. Es el fin.

Maruja quema: no me conoce, ni tampoco a su madre. Ambos estamos junto a la camita, uno a izquierda, otro a derecha de la criatura. Miramos fijamente su boca, de donde sale un silbido acomulado. Nuestro pensamiento debe estar acorde en esta idea: "Dentro de una hora, o de un minuto, su boca enmudecerá, y todo habrá terminado".

Tic tac, tic tac, tic tac: el reloj suena burlonamente. María se vuelve hacia mí.

—Párelo, Emilio.

Ahora solo oímos el silbido, que se in-

GRANDE TEINTURERIE FRANÇAISE Limpieza en seco de toda clase de ropa, guantes y franelas

Tintura para lana y seda en colores y negro garantidos firmes

SUCESION E. NICOLAS

Plaza Independencia, 1372 al 1376

Tallar a vapor: Magallanes, 132

Teléfono: La Uruguaya, 1068

terrumpe, que se reanuda, que se alarga y se acorta...

Pasan los momentos, pasa una eternidad, sin que ella ni yo podamos subsistirnos a la contemplación de la boca entreabierta.

—Siéntese María.

Ella obedece y se sienta en el borde de la silla que le he alcanzado. La blancaura de su vestido sigue hasta el límite obscuro donde los cabellos se destacan sombríamente. Hay también una mancha violácea bajo los párpados, y una leve pincelada de rosa destellido acusando los labios. Hay en todo esto un sagrado encanto de sufrimiento: el dolor diviniza esa angustiosa cara exangüe.

Siento una necesidad violenta de arrodiarme a sus pies, y de besar el extremo de sus dedos pálidos, cuyas uñas son pálidas también.

Notó que su vista se ha desviado: ya no mira a la criatura: la fijeza de sus ojos se ha detenido en una mancha de remedio que ensucia la sábana.

De repente, como un latigazo, me sacude una sensación. Es que el silencio se ha hecho del todo: es que Maruja ya no respira: es que...

Todo acabó ya. No me atrevo a moverme por temor de delatar el suceso, y en presencia del cadáver de mi adorada amiguita, contengo sollozos, angustia, respiración, esperando el momento próximo en que la madre advierta... y cuando esto sucede, cuando ella ha visto, sus ojos han quedado fijos también, su cuerpo no se ha agitado, su boca no se ha movido...

La tensión de mis nervios cede a la angustia y sollozo: ella continúa inmóvil, hipnotizada.

—María...

No me responde, sigue en la misma postura, extática.

—María...

¡Oh! Es preciso que suceda algo, que oiga un grito, que advierta un sollozo... porque yo tengo miedo, entre este cadáver que se enfriá y esta madre que no vive...

—María... María...

Parece despertar de un sueño: se levanta, se inclina sobre el cadáver, y de pronto, tras de una vacilación, se desploma hacia atrás. He llegado a tiempo: está en mis brazos: de improviso sus ojos se abren bajo los míos, y es tanto el dolor que nada en el lago oscuro de sus pupilas, tanta la fuerza de su terrible angustia, que sucede algo increíble, brutal, inhumano... ¡por qué mis brazos la estrechan apasionadamente, y mi boca besa la suya con delirio!...

VIII

Lo que ha sucedido después queda borrado, escondido, sepultado en una niebla.

Solo recuerdo que las lágrimas han resbalado incesantemente durante horas, largas horas, por sus mejillas, y que mi pecho tuvo el peso leve de su cabeza, que se abrigaba en él, como un pajarito yerto al encontrar de pronto el calor de un nido.

Más tarde la he hecho acostar, y durante el resto de la noche, solo con el cadáver y la durmiente, he decidido mi destino con la claridad extraordinaria de los que se juegan el todo por el todo.

Amo a María desde hace unas horas, pero la amo con tan furioso y salvaje amor, que no trepidaría en consumar un crimen con tal de asegurarme su pertenencia para siempre.

¿Cómo ha sucedido esto? No lo sé. Tal vez el amor viviese latente en mi alma, escondido bajo los velos de ese curioso pudor masculino, más fuerte cien veces

CLAVOS POZZOLI —

— PARA TECHOS —

D. MANTERO y Cía.

Agraciada 2063 — Montevideo

Muebles y Decoraciones

FORTUNATO PAGANI

Calle Constituyente N.º 1724

Teléfono: Uruguaya 409 (Cordón)

MONTEVIDEO

que el de las mujeres: tal vez mi carne, virgen al amor, despertó a él, apenas el contacto de la hembra agena, encendió su dormida voluntad de vencer. ¡Qué se yo! El caso es, que la idea del crimen se presenta espontánea a mi espíritu, apenas recuerdo que puede presentarse el "verdugo". Y es tan fuerte esta idea que, apesar de mi deseo de echarla fuera, apesar de que me inclino sobre la frente pura de mi amiguita muerta, buscando así la paz espiritual, ella perdura siempre, ella me grita obstinadamente, con un martilleo continuo: "Si viene, lo matarás".

Por suerte no ha venido. Cuenca, llamado por mí, ha escuchado estupefacto la incoherente relación de lo que pasa, y apremiado por mi insistencia, me ha cedido algunos cientos de pesos, y un refugio momentáneo para María. Ahora voy a conducir a Maruja al lugar del descanso.

IX

Lo más sorprendente de todo esto, es el fenómeno inexplicable que se ha operado con el pobre diablo que llevo adentro. Jamás, mi raro compañero y yo hemos podido llegar a un acuerdo sobre algo: hoy pensamos al unísono que lo hecho, está bien, y tan extraña es esta conjunción de mis dos naturalezas psíquicas, que llego a la convicción de haberlos equivocado juntos por primera vez.

Bueno, esto es, incuestionablemente, de segundo orden. En el buen camino o en el malo, antes me haré cortar en pedazos que desandar lo andado: suceda lo que suceda, esta mujer es mía, mía, mía.

Nos hemos instalado en un albergue modesto, y solo espero liquidar mi pequeño fondo, para huir con María lejos de aquí.

He telegrafiado a Montera, mi viejo amigo del pueblo natal, para que venda a cualquier precio la tierra. Montera pide algunos días, asegurando el negocio. Me muero de impaciencia. ¡Me muero!... ¡Y ella? ¡Pobre amada mía!

Pronto hará una semana que "vivimos" (nuestra existencia anterior ha sido olvidada) y me sorprende compro-

bar que el silencio es, entre nosotros, un huésped bien acogido, un compañero suave y discreto, capaz, él solo, de llenar nuestra vida. ¿Qué podríamos hablarnos? ¿Qué queda por decirnos desde el minuto aquél en el cual su boca recibió el beso de la mía?

Amar, amar amar en silencio; tal es nuestra vida. La lámpara arde desde temprano, y los postigos se entreabren cada día más tarde: en cambio, nuestros abrazos son cada vez más estrechos, y los labios encuentran siempre encanto nuevo que descubrir en los besos mudos que terminan en suspiros.

La dulce amada ha encontrado en mi hombro un rincón de descanso. A veces, su inmovilidad me hace creer que duerme, pero son sus ojos quienes lo desmienten, sus ojos, negros como el dolor, abriéndose un segundo para sonreir un instante.

Montera me anuncia que mañana llegará el adquirente, para liquidar el asunto de la venta. ¡En buena hora! María sufre demasiado: lo advierto, aunque ella procura disimular su terror, porque es el miedo quien hace temblar a esta mujer valerosa, cada vez que suenan pasos en el corredor de nuestro refugio. He temido por su salud, pero Cuenca, llamado aprisa, me ha devuelto la tranquilidad. Nervios.

Ocupamos una piecita amueblada en casa de gentes sencillas: salimos, es decir, salgo yo, apenas lo indispensable, y ella espía mi regreso con tal ansia, con tal desesperada angustia, como si todos los peligros del mundo se cerniesen sobre mí. Pero de sus terrores no me ha dicho una sola palabra. Bien comprendo que ella teme al "verdugo", que de noche, cuando se estremece, es porque hasta en sueños el hombre la persigue; pero yo, en cambio tengo un terrible valor del cual jamás advertí indicios antes. Si ese hombre viene, lo mataré.

Pero el hombre no vendrá. Su vida está lejos de la nuestra, y además, mañana estará todo listo y luego partiremos.

Olvidaba anotar nuestra única salida: hemos ido a visitar la tumba de Maruja, y allí nuestro amor se hizo más firme si cabe, porque dimos a esa visita la solemnidad de una confirmación a nuestro vínculo: una especie de desposorio ante la niña que tanto nos amó y a quien

amamos tanto. Juro que al salir de allí, mi alma se sintió alijerada de un posterior remordimiento: fué como si sintiéramos el espíritu de Maruja diciendo a nuestro oído. Amaos, amaos siempre.

X

¡Por fin! El hombre ha llegado ya: he aquí su carta que confirma el negocio y me cita en la escribanía. Mañana estaremos lejos de aquí. Mañana habrán terminado tus terrores, amada mía. ¡Con cuánta fuerza me ha estrechado entre sus brazos al saberlo!

Ahora se ha acostado, y con la cara cubierta por la sábana, hace esfuerzos para dormir, para dormir hasta mí regreso, porque la pobreccilla teme todavía.

Voy a dejarla, para terminar el asunto y recibir el dinero: dentro de una hora estaré de vuelta y ya no nos separaremos nunca.

—Hasta luego.

No me contesta: quizá se ha dormido: me iré...

Emilio... Emilio...

Se ha levantado de un salto y está colgada de mi cuello estrechándome apasionadamente.

—¿Qué te pasa? Tranquilízate, regresé en seguida. Vamos, ten calma, cierra por dentro y no temas.

Ella me palpa el bolsillo donde sabe que llevo el revólver: luego me estrecha de nuevo y fingiendo un valor que no tiene, me empuja hacia la puerta...

—Vuelve pronto, pronto...

Ha cerrado con llave y oigo el ruido de su cuerpo al caer de nuevo en el lecho. Solloza. Ea, arranquémonos a esta ridícula preocupación... ¡falta tan poco!

En efecto, todo ha sido breve. Ya tengo mi dinero: Cuenca que oficiaba de testigo, me ha dado un abrazo de des-

pedida, y, aunque a regañadientes ha aceptado la devolución de su préstamo. ¡Querido amigo!

Desde ahora hasta mañana que sale el Vassari, los minutos van a transcurrir brevemente, es decir, transcurrirán cuando la tenga entre mis brazos, porque ahora, mientras me encamino a nuestro rincón, yo también me siento inquieto, como si todo el terror de María se hubiera venido conmigo.

Antes, tenía un curioso modo de acortar las distancias, en mis largas caminatas a la Facultad: soñaba. El terreno desaparecía, llevando el espíritu en alto, lejos de mí. Soñaba en quimeras, en cosas irreales... Ahora me será más fácil, puesto que las quimeras se han realizado. Probemos.

No, no puedo: todo se embarolla en mi mente: todo fracasa y se extravía... Es preciso llegar...

Aquí estoy. ¡Camino interminable!

¡Con cuanta ansia me esperará ella! Me parece oír el latido de su corazón a través de la puerta. No: es el mío que tiembla.

Golpeo suavemente. ¡Mi amor, soy yo! Aunque sé que la puerta está cerrada, hago girar el pestillo, que, contra toda probabilidad, cede: la puerta se abre. María no está.

XI

María no está. ¿Es esto bastante? María se ha ido, me ha abandonado; estoy solo; no la veré ya más...

Después de repetirmelo cien veces que esto es una locura, he debido ponerme en frente de la realidad espantosa, porque, en efecto, María se ha ido para no volver.

Hace dos días que inútilmente la espero. ¡Dos días! Esto es, cuarenta y

Depositarios del **Jabón BAO**
DEAMBROSIS HNOS.

Escritorios: Cerro Largo 1032

Montevideo

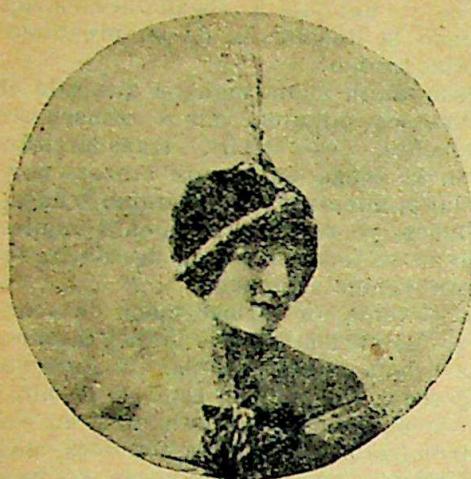
"La más Excelsa"

NOVELA

Por JORGE F. SOSA

Uno de los mayores éxitos de
nuestra literatura

EN VENTA EL 3.^{er} MILLAR



ocho horas que mi corazón salta dentro del pecho con brusquedad inaudita: cuarenta y ocho horas cuyos minutos han envejecido mi alma de dolor, sin que atinara a otra cosa que a esperar, esperar siempre...

Los vecinos explican la cosa de este modo. Una carta traída por un mensajero, que éste debió pasar por debajo de la puerta, a indicación de María. Luego, un lapso de tiempo durante el cual no se oyó un solo rumor adentro: más tarde María salió apresuradamente, sin decir una sola palabra. Y esto es todo. De la carta no han quedado huellas; ni una línea de su mano... nada, nada. Es como para enloquecer, o para levantarse la tapa del cráneo. Pero yo no me mataré, ni quiero volverme loco, porque yo "quiero encontrar a María": más aún: "quiero recuperar a María".

Cuando me haya convencido de la imposibilidad de mi deseo, entonces, si estoy en mi juicio aún, me romperé la cabeza.

Ahora no puedo hacer sino una cosa: dormir. Hace dos días que no duermo y mi cerebro sufre alucinaciones peligrosas. A veces la veo... Otras, me encuentro con el revólver en la diestra, el agujero del cañón mirándome fijamente. He hecho traer láudano, y dado órdenes por si ella...

No ha regresado. No importa, la encontraré. Bien vale mi vida el trabajo de buscarla. Quizá mañana...

Nada aún. Sin embargo, espero siempre.

Nada. La casa del "verdugo" está vacía. Los muebles fueron vendidos. Nadie sabe donde fué él a parar. Sigo buscando.

Pongamo término a esto: sufro demasiado. Si mañana no tengo indicios, dejaré de buscar, y entonces dejaré de sufrir.

Ya es "mañana": se acabó. Ahora que me encuentro en el umbral de la muerte, reflexiono con lucidez, como no lo hacía desde tiempo atrás.

Evidentemente, la huída de María solo puede explicarse de un modo. Estaba cansada de mí: la carta del otro llegó en el momento oportuno, y se fué.

Bueno; el caso es que voy a matarme. Antes, voy a dar una ojeada a aquello que fuí en su tiempo: una despedida al estudiante casto y bueno en cuya vida se cruzó una mujer.

¡Pero es que no me encuentro! ¡Es que antes de María todo está vacío, todo ha desaparecido!... ¡María!... ¡Por qué te fuiste? ¡Por qué dejaste de quererme?

Pero, ¿es que ella pudo dejar de quererme? No: eso no es posible. ¿Cómo he admitido tal absurdo? Ella no mentía, ella me amaba, ella me ama: esto lo "se", lo creo. Se fué porqué... ¡Porqué! ¡Sabemos acaso el por qué de algo? ¡Vale la pena saberlo?

No quiero pensar más. Comprendo que voy a enloquecer, y antes de eso es

preferible matarse. Antes que el hospital, el cementerio. ¡El cementerio! ¡¡El cementerio!! ¡Que luz! Dios santo, si, es posible, si, allí... allí, a la tumba de Maruja... allí irá María... hoy, mañana, otro día, algún día, no importa cuándo, pero irá... irá...

XII

Hace diez días que monto guardia en la puerta del cementerio. Vendré otros diez, y luego otros, y volveré mil veces diez días hasta encontrarla: porque ella vendrá. Estoy de esto tan seguro como de que vivo.

En estos diez días he aprendido una cosa: que la amo inmensamente. Desde mi puesto de observación he visto desfilar cientos de mujeres, algunas hermo-

sas, no pocas bellísimas: he pensado si este fuego que siento, podría extinguirse en el deleite del placer y he imaginado a esas mujeres palpitando entre mis brazos. Y bien, ni un sobresalto en mi carne, ni un anhelo en mi espíritu. Todo yerto, frío, inerme. Pero he visto hoy a una mujer cuyo andar tenía algo del andar de María, y toda mi sangre se ha encendido en un frenético bullir.

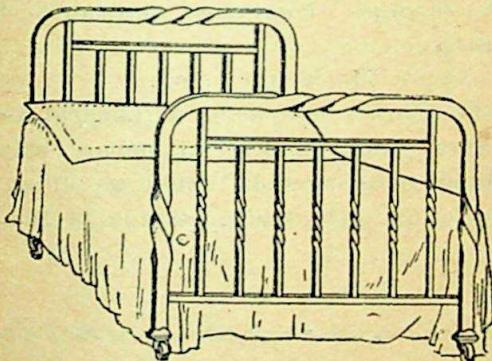
Esperaré, ella vendrá.

Ha venido: yo estaba de eso tan seguro, que su aparición no ha producido en mi ánimo el efecto que pudiera suponerse. La he visto descender de un tranvía y la he seguido desde lejos. Paso a paso, hemos andado de nuevo aquel camino que otra vez hiciéramos cogidos del brazo. Yo bien sé donde va: cuando

ADOLFO GUTMAN

Camas de Bronce y de Hierro

CONCEDEMOS CREDITOS



Comedores, Dormitorios, Hall
Muebles en general

ARAÑAS, PLAFONES, GALERIAS

BRONCERIA ARTISTICA

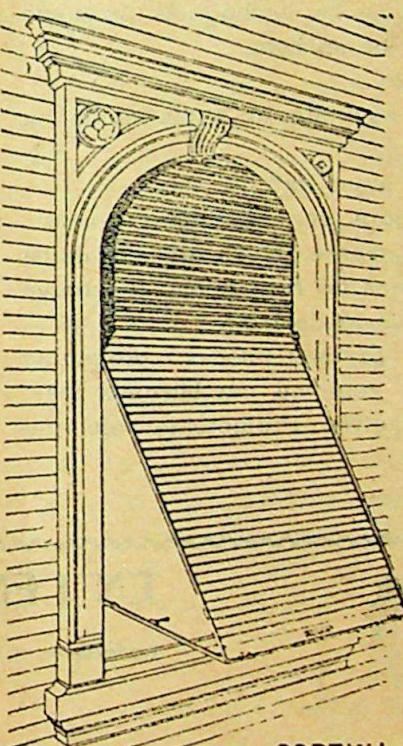
Avenida 18 de JULIO Nos. 1071 al 1077

MONTEVIDEÓ

Taller de Carpintería de Obra

Y

Fábrica de Cortinas de enrollar de Madera



Premiada
con medalla
de oro
y Diploma.
Exposición
Industrial
de
Durazno, 12
de Octubre
de 1921
DE

JOSE
ENRICO

Teléf. Uruguaya
173 Aguada

CORTINA
DE ENROLLAR

Calle TALA 2239 esq. Hocquart

MONTEVIDEÓ

esté allí, me acercaré y María saldrá conmigo, como lo otra vez, o yo quedaré para siempre junto a Maruja.

Ya llega a la tumba modesta donde descansa mi amiguita: se arrodilla y ora. Bien, la dejaré rezar y cuando termine...

—María...

Ha dado un gran grito.

—Tú... tú...

—S', yo: ¿no esperabas encontrarme aquí? Vengo a buscarte, a llevarte conmigo. No quiero que me digas nada, todo me es igual: sólo te pido que vengas. ¿Vienes María?

Mi voz tiembla, como mis manos, como mi corazón. Ha bajado los ojos y mira fijamente la cruz.

—¿Qué respondes María?

Me ha mirado largamente y el abismo de sus ojos se ha hecho más profundo al responderme su boca.

—No puedo.

Esperaba eso. Me lo había dicho su actitud.

—¿No me amas ya?

Recién ahora sus lágrimas asoman. Sonríe tristemente, como en un dulce reproche, antes de responder: su voz es débil, apagada al decirme.

—Emilio, ¿cómo puedes preguntar eso? Emilio, vete, no me busques más, no podré seguirte. Prométeme solo que

no pensarás mal de mí...

He oido una cosa únicamente.

—¿No vendrás conmigo?

—No.

—¿Quién te lo impide?

Calla: me mira como si sus ojos quisieran llevarme en lo más hondo: luego se vuelve y con un soplo de voz se despide.

—Adiós.

—Adiós.

Se va. Yo podría correr tras ella, besar su boca, oprimir su cuerpo, caldear su carne con el ardor de la mía... pero no lo hago. Algo más fuerte que mi voluntad, me detiene. Es como si la que reina en esta mansión sombría, hubiese puesto su helada mano en mi mano ardiente. Ya no sufro, ya no pienso. He aquí el revólver...

—No, no, no: no quiero Emilio, no...

Es su voz. Es María que viene hacia mí, precipitada, anhelante. Es su mano la que toma el revólver y lo aprieta convulsivamente.

—No quiero ¿oyes? no, no... tóname, llévame... corramos... pronto...

Y corremos, como si la muerte viniese tras nosotros: corremos, abrazados, jadeantes...

—María, María, mi amor...

Ella llora: no puedo arrancarle una palabra. Llora sobre mi pecho, estrechándose apasionada, mientras el auto corre. Sólo más tarde, cuando la tengo



EN LENTES y ANTEOJOS

Vendemos los mejores artículos a los precios más convenientes

SOLICITE PRECIOS

— Casa Pablo Ferrando —

675 - SARANDI - 681

Montevideo

bajo mis labios, toda mía en la tranquilidad de este hotel suburbano, consigo que me explique.

—Amor mío, ¿cómo puedes haber dudado de mí? ¡Amor mío!... Tu no sabes cuanto he sufrido al dejarte... tu no puedes saber... Aquel día, ¿recuerdas? tu me dejaste sollozando, presa del más formidable de los terrores. Todo mi ser, "sabía" positivamente que tú no volverías más. ¿Comprendes esto? Que tú no volverías más porque él, iba a matarte, y cuando más mis lágrimas te lloraban, más el remordimiento arrancaba dolores nuevos a mi corazón, que creía conocerlos todos. Entonces golpearon a la puerta y ante mi negativa a abrir, alguien deslizó dentro un papel. ¿Sabes lo que decía? Oye: "Si noquieres que lo mate, ven: te espero". Y entonces fuí. Yo no quería tu muerte, yo no quería que tu cadáver pesara en mi conciencia; yo te amaba tanto, que preferí volver... ¿Tú sabes lo que es volver?

—¡Amor mío, amor mío, mi pobre amor!...

Ahora los besos y las lágrimas se funden en un solo y exquisito deleite. La vida renace y el encanto comienza de nuevo...

Esta noche sale el "Infanta".

XIII

El "Infanta" sale dentro de media hora. María ha vuelto a sentirse presa de sus terrores; la vaguedad de su mirada me hace pensar en cosas terribles.

—Valor, amada: no temas, yo estoy aquí, a tu lado ¿no me ves? ¿Qué te asusta? Ya no te abandonaré más: ¿me oyes?

He posado las manos sobre su frente y he cerrado sus ojos con besos en los que pongo todo el fuego de mi amor pero ni aun así ella puede substraerse al temblor febril que de improviso sacude todo su cuerpo...

—Está ahí, cerca muy cerca: lo adviño, lo presiento...

Y es en balde que yo le repita mil veces la imposibilidad en que él se encuentra de seguir nuestro rastro: ella persiste, obstinada, convencida.

—Está ahí, cerca, muy cerca.

Como si el acaso quisiera confirmar sus locuras, he ahí que alguien llama a la puerta cerrada de nuestro camarote.

—Señor...

Quedamos en silencio. Ella, sin un estremecimiento, inmovilizada de espanto: yo atónito.

De afuera insisten.

—Señor...

Por lo bajo, digo a María, quien se aferra a mis brazos.

—Déjame querida, déjame un instante...

Ella me enlaza estrechamente, me inmoviliza. Entonces, en el silencio profundo, oímos el roce de un papel bajo la puerta.

Los dos nos hemos puesto de pie vivamente. El papel está ahí como un enigma pavoroso. ¿Quién puede escribirme? Nadie sabe mi resolución. Hace cinco horas yo estaba aun en la puerta del cementerio, esperando a María: luego hemos huído a todo el andar de un automóvil: más tarde otro nos ha traído aquí. ¿Quién es el anónimo personaje que me envía eso?

Me decido. Ocultando el contenido a María, leo: "Estoy aquí, junto al vapor. Si no baja usted los hará prender a los dos. Es la última carta de mi juego".

En un instante tomo mi partido. Bajaré y la última carta de su juego dirá la voluntad del destino. El o yo: cara o cruz.

—Es Cuenca, ¿recuerdas? No se como puede haber dado conmigo: vuelvo al instante.

—¿Cómo es que me ha dejado salir? ¡Bah! ¿acaso puede ocultársele a ella que es preciso jugar la última jugada?

No. María sabe bien que, o vuelvo yo y entonces él habrá muerto, o vuelve él...

Mi pulso es firme, mis piernas se mueven tranquilamente. ¡Qué felicidad tan grande, ir así al encuentro del verdugo, sabiendo que voy a matarlo!

XIV

Estamos frente a frente, bajo la sombra protectora de un guinche gigantesco. A cien pasos, el vapor iluminado es una hermosa visión alegre. El verdugo y yo nos miramos un minuto. Está flaco, demacrado: sus ojos brillan como ascuas. En cambio, yo estoy tranquilo: no pienso ya en el revólver que me delataría con un estampido. Son mis manos las que van a matarlo.

El habla al fin.

—Quiero decir a usted una cosa antes... Será inútil explicarle como he podido llegar hasta usted. Eso podrá imaginarlo quién ya supo encontrarla a ella: debe ser el instinto del macho que busca a la compañera. Sabía que ustedes me huirían; este es el único vapor que sale... ¿fácil verdad? Bien, lo que debo decir es esto. Yo no soy el mismo hombre que usted conoció: soy otro. Desde la muerte de Maruja, he sentido en mi una cosa inexplicable, feroz, terrible: el remordimiento. ¿Comprende eso? Sufrí mucho: no podía dormir, veía alucinaciones... veía a Maruja... Pues bien, en el desva-

río del insomnio, llegué a pensar que María pudiese salvarme: María, la madre de mi hijita. Lo pensé, y de inmediato me puse tras su pista. ¡Oh, es curioso! !Un detalle insignificante bastó: el doctor Cuenca, su amigo: sabía que él visitaba a Maruja cuando la enfermedad. Espié su casa, pacientemente, tan pacientemente como usted debió espiar a mi mujer en el cementerio. Al fin, supe su escondite: lo demás usted lo sabe, pero lo que de seguro ignora es, que la presencia de María a mi lado puso término a mis sufrimientos. ¿Cómo? No lo sé: ella se prestó a curarme, permitió que pusiera la fiebre de mi frente sobre el hielo de sus manos, y esto bastó. Ella no hubiese consentido más, porque, debo confesarlo, lo adora a usted, y yo se la cedería de buen grado si no fuera que... que yo la necesito, porque ahora ¿curioso eh?, ahora yo la adoro... ¿Entiende eso? La adoro... Además, no podría vivir sin María, por cuanto, apenas desaparecida, las visiones han recomendado: he visto a Maruja otra vez.

Un silbido ronco ha cortado su exposición: es el vapor que anuncia su partida: acabemos. El lo advierte también.

—Ahora solo quedan dos soluciones. O usted me mata y el asunto termina de una vez por todas, o yo lo mato y me quedo con mi mujer. Digo esto porque supongo que, de buen grado, usted no querrá...

No lo he dejado terminar: mis manos

Pidan el exquisito Champagne
FISSE CHIRIONI y Cia.

EPERNAY - FRANCE

UNICOS INTRODUCTORES

18 DE JULIO 1232

Panificadora ARTIGAS

B. PAZOS & CIA.

1211 y 343 Aguada y Cooperativa

A. F. Costa 1491 y Rondeau 2481

En nuestra elaboración no tenemos competidores

han hecho presa en su garganta y rodando por el suelo enredados como serpientes. Estoy sobre él; hundo mis dedos en su carne al tiempo que sus garras me oprimen como tenazas: creo que voy a estrangularlo porque sus ojos salen ya de las órbitas, cuando él, en un esfuerzo supremo alcanza con su boca una de mis muñecas y me muerde: siento en el hueso la dureza de los dientes que persisten, que se encarnizan... y el dolor me enceguece un segundo, bastante sin embargo, para que el verdugo vuelque todo su peso sobre mí.

Ahora veo allá arriba la negrura del cielo tachonado de estrellas: lo veo quizás por última vez porque siento la angustia de la asfixia que cierra mis ojos a la vida... es un momento cruel... todavía oigo el rumor de la máquina del "Infanta" que se prepara a partir... aunque tal vez sea el primer rumor del más allá. Ahora todo está en reposo... veo luces que titilan... son como estrellas... no son estrellas... son las estrellas... ¿Vivo pues?

—Emilio...

—Sueño? ¡Es la voz de María!

—Emilio, pronto huyamos...

Me ayuda a incorporarme, me palpa, busca mis ojos...

—¡Emilio mío!

—Pero entonces él?... —El está ahí, a mis pies: de su espalda sobresale el mango de un estilete.

—¡María, tú!...

Ella me aparta del cadáver, me conduce como a un niño: trasponemos la planchada, y siempre conducido, vacilante, me dejo llevar.

—¿Qué has hecho María?

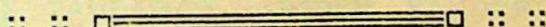
El silbido del "Infanta" ahoga su respuesta: se oyen adioses a lo largo del muelle.

Quedamos en silencio, abrazados, hasta que el vapor sale lentamente.

La bóveda sombría del cielo, se ennegrece más con una humareda densa, que se renueva a cada jadeo de la máquina. A lo lejos se agitan pañuelos...

Yo contemplo la negrura del cielo y la negrura de las aguas: en ambas brilla el fulgor de las estrellas. Acaso deba ser así: acaso la luz necesite, para mostrarse, el fondo oscuro del abismo.

MAXIMO SAENZ.



CHOCOLATE
PITZER



A LOS ESCRITORES: No se abona ninguna colaboración que no fuere solicitada por la Dirección.— Todas las obras que se remitan deben ser inéditas, escritas a máquina y con la firma y domicilio del autor . . . :

En nuestro próximo número:

“La Mano de Dios”

Por Juan José de Soiza Reilly

Panificación
Res Non Verba

— Y —

Fábrica de Masas

CASA FUNDADA:
El 2 de Octubre 1900

— DE —

Vicente Sarli

ESPECIALIDAD en
BIZCOCHOS

Teléfono: La Uruguaya
1243 Central

SARANDI
439

MONTEVIDEÓ



DEL CASTILLO & MORALES
URUGUAY, 1100 Esq. PARAGUAY

CERAS
PARA
PISOS
—
TINTES
—
BARNICES
—
ESMALTES

GRAN PELUQUERIA
‘Café Avenida’

Doce oficiales
Masagistas

ABIERTA
TODOS LOS DIAS
HASTA LAS
DOCE de la NOCHE

— DE —

MEDIA LUNA

EL MEJOR CHOCOLATE

— DE —

— AMÉRICA —

M. MORCELLA

Extracto de Malta MONTEVIDEANA

EL MEJOR ALIMENTO TÓNICO

Pilsen

LA CERVEZA EXQUISITA

S. A. C. M.

Sobre productos alimenticios el nombre

ARTIGAS

Es una garantía de inmejorable calidad : : : : :

Frigorífico ARTIGAS

ZABALA, 1591

MONTEVIDEO

HARINAS BIOS
PARA SOPAS



HARINA de Garbanzos	bolsita de $\frac{1}{2}$ k	\$ 0.25
Gofio de maíz	» » » »	0.12
» » trigo	» » » »	0.13
Café de Malta	paquete de $\frac{1}{2}$ k.	» 0.30

Por Teléfono: 1145 CORDÓN
Avvenida General Rondeau, 1528

CONFITERIA JOCKEY CLUB

— DE —

DIANA & CLAVIJO

RINCÓN ESQUINA B. MITRE

MARCA

SALON PARA FAMILIAS

Onitap

SE VENDE CON
GARANTIA
DE DURACION

PARA FUMADORES DE
BUEN PALADAR LO
MEJOR ES

TABACOS HAITI
— DE —
BENITO TRABAZO

FABRICAN:

JOSÉ SAN
MONTEVIDEO
CARPINTERIA MECANICA
CONSTRUCCIONES DE MADERA
EN GENERAL Y CHALETS

La Fábrica Uruguaya

DE

ALPARGATAS

RECOMIENDA

A todos los deportistas
usen sus Alpargatas espe-
ciales con lona blanqueada



y ribetes de cuero alrededor
de la suela - - - - -



Teléf: La Uruguaya, 1809 Cordón

RINCON Y
B. MITRE



Gran Taller Mecánico
DE CARPINTERIA

— DE —
Andrés Latapie e Hijos

LAVALLEJA, 2180

TELÉFONO:
URUGUAYA 359 CORDON
JUAN FA CAL
REPÚBLICA, 1624
TALLERES CARMEN, 2009
MONTEVIDEO

TALLERES:

Miguelete, 1474

Ferrería y Broncería
DE
Emilio Coelli & Cia.